

la Revolución francesa como contra su persona; dijo, pues, á M. de Champagny: «Es preciso hacer la paz. Los puntos culminantes están aceptados; negociad y transigid.» Federico Staps fué fusilado el día 13 de Octubre; en el momento de su ejecución se oyeron unos cañonazos. «¿Qué es eso?—preguntó.—Son las salvas que anuncian que se ha firmado la paz.» Staps cayó de rodillas y dió gracias á Dios, considerando la paz como el premio de su sacrificio (1).

El acto de Staps tuvo por móviles el amor á la patria grande y á la libertad. Hœfer, con quien se le ha querido comparar, difícilmente hubiera comprendido los sentimientos del estudiante sajón: defendía sus montañas contra el soberano que se le quería imponer y combatía por su monarca tradicional y por su religión; su patriotismo era menos extenso, más sencillo, y nunca le hubiera llevado al crimen.

Al llegar las tropas del virrey de Italia comprendió que toda resistencia era imposible y volvióse á su posada de Passeyer, mientras Lefebvre entraba en Inspruck (19 de Mayo). De pronto se esparció la noticia del triunfo de los Austriacos en Aspern, y entonces volvió á ponerse al frente de sus compatriotas. En pocos días los Alpes, desde Laybach hasta Constanza, estaban en plena insurrección; los Tiroleses ocupaban los caminos de Alemania y de Italia, y amenazaban á Suiza, Francia y la Valtelina, ocupando en Italia á Bellune, Feltro y otras poblaciones. El mariscal Lefebvre puso á precio la cabeza de Hœfer; Speckbacher y Haspinger, lugartenientes del proscripto, ganaron la frontera; Hœfer se ocultó en las montañas, negándose á dejar su país natal. Cuando le decían que el sitio donde se ocultaba podría ser denunciado á los Franceses, respondía: «Quiero ver si habrá un solo traidor en el Tirol.» Finalmente, y al verse cercado por completo en su refugio, se entregó voluntariamente. El jefe de la ciudadela de Mantua, á donde fué conducido, trató de hacerle entrar al servicio

(1) El gran músico Haydn murió en Viena durante la ocupación francesa; era ya de edad muy avanzada, y la entrada de los Franceses en su patria le emocionó profundamente. Sintiendo que se aumentaba su debilidad, se hizo llevar ante su clavicordio y con su cascada voz entonó con fervor patriótico el himno nacional. «Dios salve á Francisco,» composición para coro, verdaderamente sublime, de la que había hecho una obra maestra. Después de esta plegaria se acomodó en un sillón, cayó en una especie de sopor y murió (28 de Mayo de 1809).—A. Lavoix: *Historia de la música*.

de Francia. «Seré siempre leal á mi emperador Francisco,» respondió el montañés. Los individuos que constituían el consejo de guerra que le juzgó, se conmovieron repetidas veces de piedad y de admiración ante una ingenuidad tan heroica; pero, á pesar de esto, fué condenado á muerte y fusilado en 20 de Febrero de 1810. Se le enterró en un jardín. En 1823, algunos oficiales tiroleses exhumaron sus restos, que fueron trasladados á Inspruck y reunidos con los de Speckbacher y Haspinger en la iglesia de los franciscanos; el monumento que los encierra se eleva cerca del espléndido mausoleo de emperador Maximiliano, pero sin que esta maravilla del arte alemán



El mariscal Marmont, duque de Ragusa

haga sombra á la tumba del humilde campesino en quien el Tirol ve con razón su héroe nacional. El partido patriota de Alemania ha querido exagerar la gloria de Hœfer á trueque de comprometerla, pretendiendo convertir al posadero de Passeyer en uno de los héroes de la unidad germánica; esto es sencillamente echar la historia á barato, según una frase muy justa de M. Leger. Hœfer aborrecía á los Bávares tanto ó más que á los Franceses, y respecto á los Prusianos heréticos, es muy probable que no los conociese siquiera. No es menos cierto que la vida y muerte de Hœfer debía contribuir al renacimiento nacional, y toda Alemania podía repetir la canción de Mosen, que pronto se hizo popular: «En Mantua está cautivo el leal Hœfer; á Mantua le llevan los enemigos para matarle.

El corazón de sus hermanos llora lágrimas de sangre, toda Alemania está embargada de sentimiento y de dolor, y con ella el Tirol.»

Para evitar un nuevo levantamiento, Napoleón incorporó una parte del Tirol italiano al reino de Italia, recibiendo Baviera en cambio á Ratisbona; y el Pusterthal, ó sea la región de los altos valles de Rienz, del Eisack y del Drave, con el paso ó puerto de Toblach, fué incorporado á Iliria.

Los Ingleses redoblaron su actividad para auxiliar á los Austriacos; prescindiendo de sus ventajas en las colonias, trataron de operar en el continente europeo, allí donde se les presentase ocasión favorable. En España, un nuevo ejército inglés, al mando de Sir Arturo Wellesley, neutralizó una segunda invasión francesa en Portugal, alcanzando sobre estas tropas la victoria de Talavera (28 de Julio). En el Mediterráneo, á fines de 1809, los Ingleses se apoderaron de las islas Jónicas, excepto Corfú y Santo-Mauro; en el Océano hicieron algunas tentativas sobre las costas de Francia. El almirante Tomás Cochrane recibió el encargo de sorprender la escuadra francesa de la isla de Aix, contra la cual arrojó una máquina infernal que contenía 1.500 barriles de pólvora, con cohetes á la Congrève, llamados así del nombre de su inventor; ésta fué la primera vez que se emplearon, incendiando seis navíos y dos fragatas. Pero los Ingleses confiaban principalmente en una expedición formidable destinada á destruir Amberes y á cerrar las bocas del Escalda (1). Creían que, á su aproximación, Holanda, exasperada por el bloqueo continental, se insurreccionaría; 70 buques de transporte, conduciendo 44.000 hombres, al mando de lord Chatam, hermano mayor de Guillermo Pitt, y escoltados por una numerosa escuadra, se dirigieron hacia la desembocadura del Escalda; pero ni siquiera pudieron lanzar una

(1) Tenían tanto más empeño en obtener un triunfo por esta parte en cuanto un enemigo bien imprevisto amenazaba entonces al comercio inglés en el extremo Oriente, los Wahabitas, secta religiosa y guerrera que se había formado en el centro de la Arabia á principios del siglo, y que, dueños de la Meca y de Medina, invadieron el Egipto en 1803; rechazados de las orillas del Nilo, se dirigieron hacia el Nordeste y se apoderaron de Damasco (1808), desde donde dificultaban el comercio inglés del golfo Pérsico y del valle del Eufrates. Este peligro debía ser de poca duración, pues en 1812, Ibrahim, hijo de Mehemet-Alí, los rechazó hacia la Arabia central, pero en 1809 se hallaban en el apogeo de su poder.

sola bomba sobre Amberes, que se había fortificado rápidamente; en cambio, tomaron la revancha en Flesinga, que quedó convertida en ruinas. Tan modesto desquite les costó muy caro, pues á causa de la permanencia de la escuadra inglesa en la isla pantanosa de Walcheren se desarrolló en sus tripulaciones una epidemia de fiebres que obligó á Chatam á retirarse vergonzosamente, después de haber perdido la mitad de sus tropas, sin obtener otro resultado que hacer patente en toda Europa la importancia de las defensas que Napoleón



La carga La retirada
Caricatura alusiva á la expedición inglesa de 1809

había ya preparado en Amberes, gracias á las cuales no le fué posible atacar á esta ciudad. En París, sin embargo, produjo esta tentativa una conmoción extraordinaria; Fouché y Bernadotte, á pesar de haber tomado con decisión todas las medidas necesarias para contrarrestar cualquiera intentona, no hicieron nada para calmar aquélla, y por el contrario, la dejaron aumentar, á fin de hacer ver la importancia y el valor de sus servicios. Napoleón, dejando á Berthier el cuidado de conducir el Gran-Ejército desde Alemania, se apresuró á regresar á las Tullerías, para vigilar más de cerca la guerra de España y calmar la inquietud producida en los ánimos por los últimos acontecimientos.